

La Capilla siXtina

Y NO LLUEVE

Hay incertidumbre política, y además no llueve. Hay crisis económica, y además no llueve. Hay un hondo malestar laboral, y además no llueve. Secuestran "El Correo de Andalucía", y además no llueve. Los astrólogos quisieran la tercera guerra mundial, y además no llueve. No se venden automóviles, y además no llueve. Se sube el precio de los automóviles, y además no llueve. Es como si la meteorología quisiera prestar un correlato objetivo a este país de todas las insuficiencias y desfases.

—Se hicieron pocos pantanos en los años cuarenta y cincuenta —comenta Alfonso de los Arroyos antes de tomar un sorbito de Chinchón dulce.

—No me digas eso ahora, Marco Antonio. Si en aquellos años no hacíamos otra cosa que pantanos.

—Pues se hicieron pocos. Los ríos están mal puestos, además. Vamos hacia la catástrofe. España puede morir de sed.

—Vamos, que me quieres amar-gar la tarde.

Porque a un servidor no hay nada que más le angustie que morir ahogado o morir de sed. Marco Antonio está hoy implacable.

—La falta de agua acabará por arruinar nuestra débil agricultura. Por otra parte, la crisis industrial y turística impedirá que la mano de obra campesina excedente pueda emigrar hacia las costas y los centros industriales. Se va a armar un tomate que ya verás, ya.

—Te has pasado años pidiendo que se clarificaran las cosas, y tal vez el momento ha llegado o va a llegar. La crisis del irreal neocapitalismo español puede dar paso a un sistema social, económico e incluso político ajustado a las necesidades de la mayoría.

—Aquí lo único que va a venir será un racionamiento de agua, automóviles, palabras, ideas y pasaportes. Y si no, al tiempo.

Uno, que es un depresivo incurable, lo peor que puede autorrecetarse es a Marco Antonio Alfonso de los Arroyos en una tarde depresiva. Me tomo mi calvados de un trago, pretexto graves ocupaciones y dejo a Marco Antonio en su piso tan cabizbajo como le encontré. Subo la escalera de mi casa. Encarna me oye

los pasos y abre la puerta de su apartamento. Lleva un lápiz entre los dientes y me habla sin quitárselo:

—Oiga, Don Sixto: ¿Si estallara una tercera guerra mundial, a qué bando se apuntaría?

—Una tercera guerra mundial... ¿Entre quién y quién?

—Entre capitalismo y socialismo.

—Dudo mucho que la tercera guerra mundial, si la hay, estalle entre capitalismo y socialismo. Al menos inicialmente sería una guerra más de redivisión de fuentes de materias primas, zonas de influencia, mercados, etcétera.

—Usted es un iluso. Aún no se ha dado cuenta de que el sistema capitalista está amalgamado y bien amalgamado bajo la batuta imperial de Washington.

—Antes habrá una guerra entre Estados Unidos y algunos aliados frente a los países poseedores de materias primas.

—¿De qué lado se pondrá usted?

—Depende de la materia prima.

Y me marchó porque presiento que la conversación puede acabar en una tormenta dialéctica al alcance de los vecinos, ya de por sí murmuradores sobre las extrañas relaciones entre Encarna y yo. Llevo a cuestas una casi jaqueca y me tumbo en la cama con la casa a oscuras. Tengo frío interior y exterior, algo así como esa intimidad pregrupal en la que uno tiene ateridas las juntas del cuerpo y el alma. Me sacude como una puñalada el timbrado telefónico. Es Marco Antonio. Suena su voz alegre.

—Sixto: Ha llovido en Barcelona. No mucho, pero algo es algo. Todo ha cambiado. Habrá follón igual, pero al menos moriremos con las manos limpias.

No sé qué le contesto. Pero si sé que cuelgo y me rebozo de mantas y sábanas. Inútil. Ahora es el timbre de la puerta. Encarna. Perpleja:

—Me ha dejado traspueta. ¿Por qué materia prima lucharía usted, Don Sixto?

Me castañetean los dientes como si quisieran masticarme a mí mismo. Me veo en traje de Al Fatha en pleno desierto arábigo, y de mis labios llagados se escapa la salmodia:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! ■

SIXTO CAMARA

USA

Kissinger, en peligro

Hay un cerco político que se estrecha en Washington en torno a Kissinger. En la semana pasada llegó a haber rumores bastante insistentes acerca de su destitución. Incluso se citaba el nombre de un nuevo secretario de Estado: Richard Ellington, actual embajador en Londres. Ellington fue ministro de Justicia con Nixon y supo desengancharse a tiempo del carro de la Casa Blanca: en cuanto advirtió la gravedad del tema de Watergate adoptó una posición más de acuerdo con su cargo de fiscal general que por su relación con la presidencia, y Nixon no se lo toleró. El nombramiento de Ellington para la Embajada en Londres causó sorpresa, porque se le tenía como uno de los aspirantes a la candidatura de las elecciones presidenciales de 1976; se supuso que el nombramiento era una especie de destierro dictado por Ford y por Kissinger para quitarse de en medio a un competidor.

Hay un motivo visible para la campaña contra Kissinger: después de la gran limpieza de la Casa Blanca por el caso Watergate es el único superviviente en el cargo, y se duda mucho de que pueda ser enteramente inocente de aquel gran escándalo. Pero hay otro motivo infinitamente más importante y más profundo: su exceso de poder. Kissinger, que no puede aspirar a la presidencia de los Estados Unidos por el impedimento constitucional de no ha-

ber nacido en los Estados Unidos y haber adquirido la nacionalidad después —hubo un tiempo en el que se pensó en una enmienda a la Constitución solamente para dar paso a Kissinger a la presidencia—, se las ha arreglado de tal forma que tiene ahora, según creen sus enemigos, más poderes que el propio Presidente. Si su cargo le impedía ocuparse directamente de cuestiones interiores, el descubrimiento de que la CIA ha espionado en el interior de los Estados Unidos tiende a hacerle directamente responsable, dada su enorme influencia en la Agencia. Kissinger, por el intermedio de la CIA, estaría en posesión de secretos graves de un gran número de políticos de primera fila, lo cual le daría un enorme poder oculto.

Las investigaciones contra la CIA tienen la vertiente pública de defender las libertades cívicas y la secreta de desposeer a Kissinger de su ayuda y mostrarle como responsable. La comisión investigadora que ha nombrado el presidente Ford ha sentado como una ofensa a los senadores. En primer lugar, la opinión pública, después de los casos de Watergate y Vietnam —los "documentos McNamara"—, no cree que una comisión nombrada por el presidente para investigar abusos de autoridad sirva para otra cosa que para cubrir y limpiar de sospecha a los investigados. En segundo lugar, las

